

Consecuencias pesimistas del naturalismo en la Generación del 80

ALBERTO GUILLERMO RANEA

EL estudio de los aspectos filosóficos de la generación del ochenta tropieza con el hecho de que sus miembros no desarrollaron sistemáticamente un pensamiento filosófico puro. Sus reflexiones, orientadas hacia problemas sociológicos, políticos o médicos contienen, sin embargo, ricos e inexplorados filones de ideas. Esta peculiaridad no es exclusiva de los hombres del ochenta; califica la actividad de los pensadores argentinos del siglo XIX y de los primeros años del XX. Pero en aquéllos es indicio del golpe de gracia dado a la desprestigiada filosofía por los diversos positivismos que ellos adoptaron, ahogándola hasta la asfixia.

La difundida opinión que atribuye al pensamiento filosófico argentino un considerable retraso con respecto a la aparición de las ideas en Europa, impone otra aclaración. Si aceptamos esta sugerente afirmación, inclinamos nuestro favor más hacia el pesimismo, a menudo justificado, de quien la profiere, que hacia el lado fructífero de los hechos. Este juicio sin embargo, no es el criterio más acertado para valorar las debilidades de nuestra tradición filosófica en el transcurso del siglo pasado. Se trata de un período con frecuentes coincidencias en el vocabulario y cierta unidad de problemas que entorpecen la asignación de indiscutibles paternidades en las ideas. Nuestros pensadores, atentos a las "modas" científicas y filosóficas, no pudieron sustraerse a la influencia del positivismo biológico de la época, difundido por doquier.

Pero con estas aclaraciones no hemos disipado aún por completo los obstáculos. Es preciso elucidar el hecho de que nuestros pensadores eligieran el camino abierto por sociólogos, naturalistas o filósofos cuyas reflexiones están lejos de parecernos aceptables por su inconsistencia. La explicación es difícil pues

supone una síntesis en todo caso incompleta acerca de la actitud que desde los albores de la independencia los argentinos tomaron ante la tradición iniciada en el mundo griego. Los hombres del ochenta no estaban preparados para asimilar una cultura filosófica que si bien arraiga con profundidad en la historia de Occidente, en fecha tan lejana de la emancipación como lo es 1870, ellos asociaban aún con España y su dominación. La ciencia positiva y las concepciones filosóficas concomitantes, tales como la de Spencer y la de Haeckel, prometían en cambio nuevos horizontes para una civilización llevada de la mano por el tiempo en su fluir "hacia adelante". El discurso pronunciado por Miguel Cané en ocasión de transmitir el decanato de la reciente Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires es quizás una de las más elocuentes exposiciones de esta actitud.¹ La tarea de la filosofía consiste en llevar a cabo "la síntesis de los pasmosos descubrimientos que las ciencias biológico-naturales están efectuando".² Cané resume algunas páginas más adelante la posición finisecular. Tras afirmar que "el porvenir intelectual de nuestro país está reservado a la modesta Facultad de Filosofía y Letras", señala que la Argentina será incluida definitivamente entre las naciones cultas cuando se funde la Facultad de Ciencias.³ De este modo, la generación del ochenta emprendió su trabajo con la ciencia como guía soberana; la filosofía, por el contrario, "resultante general de la investigación parcial en el terreno de lo observación científica"⁴ abandona al hombre a merced de la ciencia, feliz dominadora futura de todo el universo, según profetizaba Cané.

El clima así creado introduce en muy diferentes lugares un lenguaje que afirma la fuerza de la argumentación acudiendo a la autoridad de la ciencia. Aristóbulo del Valle, por ejemplo, sustenta su posición en favor del proyecto de matrimonio civil sobre el hecho de que la escuela que lo defiende aplica el método inductivo, negando "lo que no es susceptible de demostración científica"⁵ José Manuel Estrada, en un discurso pronunciado en la Asociación Católica de Buenos Aires, considera que el inductivismo es responsable de la impotencia que las teorías tienen ante los fenómenos sociales, dada la incapacidad de ese método para llegar a síntesis eficaces.⁶

1 CANÉ, MIGUEL: "El espíritu universitario y el método científico". En *Discursos y Conferencias*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1919, p. 19.

2 *Ibidem*, p. 40.

3 *Ibidem*, p. 26.

4 *Ibidem*, p. 40.

5 DEL VALLE, ARISTÓBULO: "Matrimonio civil". En *Discursos Selectos*, Buenos Aires, W. Jackson, 1953, p. 29.

6 ESTRADA, JOSÉ MANUEL: "La libertad y el liberalismo". En *Discursos*, Buenos Aires, Estrada, 1963, 2ª ed., t. I, p. 170.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

La discusión en torno del modo de ser y alcance de la ciencia adopta en la épocas tratada diferentes configuraciones que, sin embargo, muestran en común la búsqueda de leyes absolutas en la naturaleza. La ciencia natural, paradigma de toda explicación, invade el vocabulario de la segunda mitad del siglo, con un violento alud de términos, tales como “organismo”, “herencia”, “evolución”. inevitables en cualquier discurso que aspirara al rigor.

Los hombres del ochenta, educados en la agitada atmósfera mundial que se formó con la publicación, en 1859, de *El Origen de las Especies*, siguieron esta orientación para cultivar a una nación que recordaba aún los sonidos de las guerras emancipadoras y los lamentos de los enconos fratricidas.

Aunque sólo los científicos estaban en condiciones de aprovechar las doctrinas evolucionistas, la “lucha por la vida”, la “supervivencia del más fuerte” y la “selección natural” aparecían en todo tipo de reflexiones. La conmoción que en nuestro país provocó la muerte de Darwin se tradujo en homenajes y conferencias a los que acudió gran cantidad de público. Es el caso del discurso pronunciado el treinta de mayo de ese mismo año por Domingo F. Sarmiento, y el no menos entusiasta de Florentino Ameghino.

La idea de evolución encontró en el siglo el medio óptimo para desarrollarse. Darwin confirma este hecho en la “Noticia Histórica” con que abre su trabajo de 1859, y en donde señala que en 1852, Herbert Spencer proponía su tesis evolucionista que abarcaba el desenvolvimiento de toda la realidad. Las previsiones de Spencer en cuanto a la amplitud del evolucionismo se confirmaron en 1871 con la publicación de otra obra de Darwin, *El Origen del Hombre*. Así empieza el furioso vendaval de las últimas décadas del siglo. Todo lo que en el universo acaece, expresa la única ley confirmada por los hechos: la evolución. Su aplicación al problema cosmogónico o al desarrollo geológico de la tierra planteaban solamente la ya habitual dificultad de cambiar una imagen del universo por otra. Pero la inclusión del hombre y de la sociedad en este esquema mecánico trajo incalculables consecuencias para el ya muy agitado panorama. La figura de Ernst Haeckel alcanza especial importancia en esta labor de naturalización del hombre, a causa de su decisiva influencia en nuestro ámbito del ochenta, aunque Ameghino declare no conocerlo “por no haber hallado en todo Buenos Aires ningún ejemplar de la *Historia de la Creación Natural*.”⁷

Haeckel interpreta psicológicamente la vertiente gnoseológica de la filosofía moderna. Toda concepción del conocimiento deriva de una teoría psicoló-

⁷ AMEGHINO, FLORENTINO: *Filogenia*. En *Obras Completas*, La Plata, Edición oficial ordenada por el gobierno de la provincia de Buenos Aires, t. IV, p. 221.

gica que, a su vez, reposa sobre la cuestión de la naturaleza animal del hombre traducida en el origen y desarrollo de la actividad psíquica como fenómeno estrictamente biológico. José María Ramos Mejía siguió este camino en sus preocupaciones psiquiátricas. Su obra *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* fue saludada por Vicente F. López como el triunfo definitivo de la fisiología sobre la teología y la psicología en la cuestión acerca del alma.⁸

Haeckel, llevado por sus investigaciones biológicas, buscó el fundamento filosófico que las unificara; la filosofía, conocimiento del nexos causal general entre los fenómenos observados,⁹ aparece tras del claro establecimiento de las experiencias científicas. Haeckel designó "monismo" a su concepción filosófica, y la sostuvo durante toda su vida con una firmeza que lo enorgullecía pues opinaba que cuando un hombre varía sus convicciones muestra evidentes señales de envejecimiento.

El núcleo del monismo es la llamada "ley fundamental de la substancia". El universo consta de un campo indivisible, la substancia, que presenta dos atributos o manifestaciones irreductibles: la materia y la energía. La ley de la substancia reúne los dos principios de conservación que el siglo XIX ostenta arrogante: la ley química de conservación de la materia y la ley física de la conservación de la fuerza.

Analicemos ahora brevemente algunos aspectos de esta concepción tratando de verificar el positivismo empirista que Haeckel preconizara en sus doctrinas. La imagen del mundo haeckeliano nada agrega a la propuesta por la física clásica, cuya forma culminante es la newtoniana. No hay en la cosmología de Haeckel espacio vacío; allí donde la materia ponderable está ausente, hallamos una forma imponderable de materia, el éter, postulada para evitar la oscura noción de acción a distancia. Según dice Haeckel, el éter es un hecho positivo, "infinito e inconmensurable como el espacio que llena, y está en movimiento eterno. La espontaneidad del éter en reciprocidad de acción con los movimiento de la masa (gravitación) es la causa final de todos los fenómenos".¹⁰ El hecho de que Herz comprobara su teoría de la luz, calor, electricidad y magnetismo como vibraciones transversales del éter, convenció a Haeckel de la superación del carácter meramente hipotético del éter; pero en

8 LÓPEZ, VICENTE F.: *Introducción a: Ramos Mejía, José María: Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Buenos Aires, La Cultura Popular, 1932, 2ª ed., p. 69.

9 HAECKEL, ERNST: *Los enigmas del universo*, París, Librería Paul Ollendorff, s.a., p. V.

10 HAECKEL, ERNST: *ibidem*, p. 254.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

rigor, no fue posible detectarlo nunca empíricamente; los fracasos de las experiencias de Michelson así lo mostraron a los estupefactos científicos de la época. Haeckel, no obstante ello, atribuyó al éter, fuente universal de movimiento, el carácter de "divinidad creadora", siendo la masa inerte la "materia de la creación".¹¹ Sobre la base de una supuesta comprobación experimental, Haeckel fundamentó su religión natural que rechaza todo aquello que no se somete a la ley de la substancia. Dios es el fondo del cosmos, espíritu motor inagotable, fuerza primera que origina lo inorgánico y lo orgánico. El "espíritu" de los "dualismos" cede su digno lugar a una hipotética fuerza agente continua, eterna y constante, en cuyo nombre Haeckel rechaza también el principio de entropía, contradictorio con un universo entendido como puro movimiento. Esta rudimentaria versión de la física clásica condujo a Haeckel a reducir lo espiritual a un campo substancial único que abarca tanto a la naturaleza como a lo supuestamente inmaterial.

La ley de la substancia encuentra feliz aplicación en la teoría atómica presentada por Haeckel. Los átomos son partículas elementales que poseen fuerzas de atracción y de repulsión, identificadas con la "vis viva" y la energía potencial de la física clásica. Estos átomos "no divisibles, esféricos, inertes, invariables, no elásticos, no penetrables por el éter" poseen cierta afinidad que los conduce a combinarse en los diferentes elementos químicos. Todos los átomos son parte del "protilo" o materia primitiva "cuya experimentación es cuestión de tiempo";¹² cuando ello se logre, las esperanzas de los alquimistas de transformar en oro y plata cualquier otro elemento se verían finalmente satisfechas. Eludiendo estas peregrinas conclusiones, señalemos que de este modo Haeckel ubica todos los grados de inclinación, desde la indiferencia hasta la pasión más violenta, en el comportamiento de los átomos; el más simple proceso químico no se distingue esencialmente del más puro y complicado conflicto amoroso.

Pero si solamente la materia es experimentable (postulado que nos permite confiar en la realidad del éter y del protilo, ya que son materiales), y dada la omnicomprendensiva acción de la ley de la substancia, no es posible elaborar "ciencias del espíritu" independientes de las naturales. La "vida espiritual" es una versión refinada de la constante transformación de la energía potencial en energía viva según las leyes mecánico-causales de la materia. Los "dualismos", en cambio, que niegan el origen natural del espíritu, suponen fan-

11 HAECKEL, ERNST: *El monismo, lazo entre la religión y la ciencia. Profesión de fe de un naturalista*. Barcelona, F. Granada y comp., s.a., p. 131.

12 *Ibidem*, p. 133.

tasmas tales como la "omnipotencia divina", la "fuerza vital" o el "libre albedrío". De este modo, la experiencia científica, adquirida por observación y experimento,¹³ aclara todos los "enigmas del universo", aun los considerados insolubles, apelando únicamente a lo empírico. Mas la reducción de los fenómenos a lo que "puede comprobarse experimentalmente" supone en Haeckel el recurso a una mecánica atómica propuesta teóricamente.¹⁴

El camino hecho a través de este extraño embrollo filosófico nos basta para abordar el aspecto central del pensamiento del ochenta en nuestro país: el tema del hombre. Su punto de partida es también la ley de la substancia que elimina toda distinción esencial entre naturaleza y espíritu. Esta confusión implica la ausencia de todo límite exacto entre el reino animal y el vegetal, o entre el animal y el humano,¹⁵ tesis de origen claramente haeckeliano. Dicho de otra manera, "para formarse un juicio exacto de la naturaleza humana hay que estudiar antropología, psicología y embriología".¹⁶

Nuestros pensadores del ochenta tomaron en cuenta esta orientación y como ejemplo consideraremos la obra de José María Ramos Mejía, ya que encarna fielmente el espíritu haeckeliano. Su autor considera que la psicología ha llegado finalmente a la etapa positiva tras un momento teológico y otro metafísico. Esta alusión señala una seria influencia comtiana, pero tenemos que recordar sin embargo que la ley de los tres estados no es exclusiva del autor del *Curso de Filosofía Positiva*, pues ya Turgot la había esbozado anteriormente. Se trata con toda evidencia de un lugar común en el pensamiento de la época que aparece constantemente en la obra de Ramos Mejía. En su estudio de las multitudes argentinas, vemos que ellas comienzan su acción emancipadora rebelándose ante las autoridades religiosas y muy tardíamente elaboran la idea de independencia, producto intelectual ausente de los primeros momentos. Pero el hecho de que Ramos Mejía mencione la finalmente lograda "positividad" de la psicología significa en realidad que se ha abandonado el "dualismo" tan severamente juzgado por Haeckel, en favor de una fisiología de los órganos psíquicos. "El problema del alma se resuelve con la anatomía del cerebro", escribe Ramos Mejía al abrir su investigación; más adelante define haeckelianamente al espíritu: "cuando digo espíritu, alma, etcétera, me refiero al conjunto de las funciones cerebrales".¹⁷

13 HAECKEL ERNST: *Los enigmas...*, p. 18.

14 HAECKEL, ERNST: *El monismo...*, p. 128.

15 Ibidem, p. 120.

16 HAECKEL, ERNST: *Los enigmas...*, p. 8.

17 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las neurosis de...*, p. 143.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

El cerebro permite aclarar las relaciones entre la organización física y los actos psíquicos del ser vivo. El acto "inmaterial" o espiritual está determinado por la actividad de células y fibras nerviosas del cuerpo; 18 clara expresión del psicoplasma haeckeliano, que constituye la base material del alma. Las teorías del paralelismo psico-físico, en cambio, suponen la radical heterogeneidad de lo natural y lo anímico, y niegan el nexa causal natural en lo psíquico; por ello carecen de interés científico. El término "alma" es una abstracción fisiológica que reúne todas las funciones psíquicas del plasma. La vida anímica arranca de la célula: "existe un alma celular, suma de sensaciones, voliciones e ideas, a partir de las que se ha desarrollado nuestra alma. Así en el huevo hay un alma celular hereditaria". 19

Este programa psico-fisiológico se extiende a las perturbaciones psíquicas, campo propicio para el descubrimiento del nexa causal natural buscado. La psiquiatría investiga las funciones anímicas de las células sobre la base experimental de las lesiones cerebrales que producen, de manera mecánica, enfermedades mentales. El descubrimiento de esta correlación revalida la teoría de las localizaciones cerebrales, fruto del determinismo fisiológico presente en la descripción hecha por Ramos Mejía del encéfalo como una "confederación de órganos" por completo heterogéneos. Pero con todo no ha llegado aún la ocasión de expulsar las entidades y fuerzas ocultas; hay enfermedades mentales que no encuentran una segura causa material: se trata de las neurosis. El progreso en anatomía patológica hará desaparecer las perturbaciones dinámicas que en apariencia no dependen de lesiones materiales. 20

No podemos sin embargo esbozar la idea de hombre que estas teorías insinúan sin el estudio del concepto de evolución. Esta ley, enunciada sistemáticamente por Darwin pero sugerida anteriormente por Goethe, Lamarck y Spencer, es el complemento, en la obra de Haeckel, de la ley de la substancia, puesto que permite explicar cómo de la indeterminación inicial de la materia se llegó al complejo orden actual. El evolucionismo, a juicio de Haeckel, aclara definitivamente el problema cosmogónico, así como el del origen de la tierra, el de los organismos terrestres y, fundamentalmente, el del hombre. Adviértase que este último problema es tan sólo un aspecto más del amplio tema cósmico; en el proceso evolutivo que se inicia con los hechos descritos en la hipótesis nebular de Kant y Laplace, el hombre es un momento evolutivo más, un estado pasajero de la substancia eterna.

18 *Ibidem*, p. 88.

19 HAECKEL, ERNST: *El monismo...*, p. 140.

20 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las neurosis de...*, p. 91.

Haeckel creyó descubrir así el puente entre el mundo inorgánico y el dominio de la vida, en especial el de la vida de la conciencia. La razón es sencilla: el monismo cósmico somete todos los fenómenos de la vida orgánica a la ley universal de la substancia.²¹ La vida, dice Haeckel, es un conjunto de fenómenos del movimiento o energía originales, que distingue lo orgánico de lo inorgánico por las propiedades del carbono, su causa mecánica. Sólo la acción de causas naturales explica científicamente el pasaje de un reino al otro; pero la única causa aceptable es la generación espontánea. Negarla significa introducir el milagro en la naturaleza. Dejemos a un lado esta sutil diferencia entre lo milagroso y la generación espontánea o "autogénesis" de la vida; concluyamos que si lo vital cabalga sobre lo inorgánico, y lo psíquico sobre lo fisiológico, la evolución es el único camino para explicar el carácter diferencial del hombre, es decir, la razón y la conciencia.

La "fisiología del espíritu" transforma el problema del hombre en la cuestión del desarrollo del órgano físico del alma; si aceptamos la ley de conservación de la substancia, no podemos recurrir a nada que de alguna manera no se encuentre en el animal y, en última instancia, en el átomo. "Las funciones fisiológicas del organismo, que reunimos bajo el nombre de actividad espiritual, o más sencillamente alma, son producidos en el hombre por los mismos fenómenos mecánicos (físicos y químicos) que en los otros vertebrados. Los órganos correspondientes a estas funciones psíquicas son los mismos en ambas partes (...). Estos órganos se han desarrollado en el hombre lenta y progresivamente desde el estado rudimentario que presentan en sus antepasados, los vertebrados inferiores. Ocurre lo mismo con sus funciones, es decir, el alma."²² Razón y conciencia son un trabajo mecánico de las células y como tal se reducen a un proceso físico y químico en el plasma. Así como la "vida refleja" está determinada por modificaciones físicas y químicas derivadas de la herencia y de la adaptación al medio, lo mismo ocurre con la razón y la conciencia, desarrolladas filogenéticamente a partir de la vida refleja. La altura a que llega la razón se debe simplemente a la integración o centralización de lo que en el plasma de los seres vivos elementales está difundido en toda su extensión. Haeckel completa de esta manera la unidad psicológica del mundo orgánico.

El hombre, a merced de leyes ciegas y caprichosas que no persiguen fin alguno, es un accidente físico-químico especializado que depende de la aparición de la corteza gris, pero no tan exclusivo como para considerarse cualita-

²¹ HAECKEL, ERNST: *Los enigmas...*, p. 284.

²² HAECKEL, ERNST: *Estado actual de nuestros conocimientos sobre El Origen del hombre*, Barcelona, F. Granada y comp., s. a., p. 68.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

tivamente diferente de los antropoides. La conciencia tiene sus órganos determinantes en las células ganglionares: “la función más elevada de la actividad cerebral, la formación de juicios, su encadenamiento en razonamientos, el pensamiento y la conciencia (...) se han desarrollado en los animales como en el hombre — la diferencia consiste sólo en el grado de su desarrollo, no en su naturaleza”.²³

Veamos ahora las consecuencias que traen estas ideas antropológicas. Comencemos por el problema del libre albedrío. Haeckel afirma que si por “voluntad” entendemos todo movimiento automático que se manifieste a consecuencia de tendencias inherentes al concepto de vida, la voluntad es común a todo el protoplasma. La libertad por tanto es un predicado vulgar de la voluntad en un altísimo grado de evolución, “cuando la conciencia se desarrolla en los animales superiores como reflexión subjetiva de los procesos internos objetivos en el neuroplasma de las células psíquicas”.²⁴ Todo acto voluntario está determinado por la organización del individuo y depende “de las eventuales condiciones del ambiente externo como cualquier otra actividad del espíritu”. La herencia representa la tendencia determinante; la adaptación al medio, la “libre” decisión del individuo. “La voluntad humana no posee más libertad que la de los animales superiores, de la que difiere en grado, no por naturaleza.”²⁵ Como afirma Ramos Mejía, “la libertad moral es un arcaísmo científico consagrado”.²⁶

Hemos recorrido extensamente la filosofía naturalista por tratarse de la expresión más cabal de la época. Nuestros hombres del ochenta, ya sea por influencia de Spencer o de Haeckel, o del mismo Darwin, quedaron encerrados por estas tesis que resultaron difícilmente compatibles con el objetivo de la generación: el optimista camino hacia el progreso humano. El determinismo estricto que reina en el naturalismo concuerda con la idea de progreso sólo si admitimos una Providencia que “vea” el fin perseguido; pero el concepto de finalidad, rechazado por “metafísico”, carece de eficacia en el monismo. La idea de evolución presenta el lado áspero cuando advertimos su indiferencia tanto frente a la más optimista previsión como ante el más pesimista de los presagios. De este modo, la poderosa corriente que configuró nuestros estudios científicos en los treinta últimos años del siglo XIX, colmó el final del siglo con sombrías preguntas, ya que no se realizaban sus confiadas esperanzas. Pero

23 HAECKEL, ERNST: *Los enigmas...*, p. 193.

24 *Ibíd.*, p. 143.

25 *Ibíd.*, p. 145.

26 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las neurosis de...*, p. 372.

toda vez que los hombres del ochenta intentaron salvar al hombre elevándolo a una esfera inmaculada, cayeron bajo el peso de la violenta concepción de la naturaleza que ellos mismos pusieron como fundamento. Solamente la posibilidad de otro principio filosófico podía echar un poco de luz a tantas umbrías reflexiones.

Si el hombre es pura naturaleza, tenemos que tratar a la historia y a la cultura como organismos vivientes. Ramos Mejía propone una analítica histórica de la historia,²⁷ extendiendo hasta la feroz interpretación que el darwinismo hiciera de la naturaleza, sobre la base de la "aniquilación de la vida". A cada instante aparecen en sus análisis el triunfo del más fuerte o la lucha por la vida; nada escapa a su influencia universal.

Ramos Mejía nos muestra en la historia la acción de incontrolables neuróticos o de multitudes cegadas, en plena animalidad. Ambos enfoques, diferentes en apariencia, coinciden sin embargo en que la cultura no altera por completo el carácter heredado; a lo sumo ello oculta o modifica las gibosidades de la neurosis; y en el caso de las multitudes, sólo si se ha acumulado por herencia, consigue frenar las pasiones más desatadas.²⁸

La educación moral, efecto secundario de la evolución, nada puede hacer para cambiar la idiosincrasia individual. La moral es mera convención, dice Miguel Cané; el sentido moral, completa Ramos Mejía, aparece cuando nos vemos liberados de las necesidades de la nutrición; allí nace la "pasión social". La sociabilidad es obra de una "laboriosa evolución", del "supremo esfuerzo" del cerebro por sortear lo nutritivo.²⁹

La espiritualización del hombre, según el naturalismo, consiste en el desarrollo de los medios de protección que permiten la adaptación a nuevas circunstancias; a falta de recursos físicos, el hombre se protege con ideas y sentimientos automáticos, cuya perfección crea la ilusión de un alma rectora de tales procesos. El lenguaje haeckeliano sugiere una vez más a Ramos Mejía severas conclusiones acerca del mundo humano: la "espiritualización" no ha bastado para que el hombre deje de ser un animal. Las leyes del mundo físico rigen también en el mundo moral; la lucha por la vida modifica la herencia palingenética, si bien persisten hábitos que recuerdan el origen zoológico del

27 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las neurosis de...*, p. 117.

28 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, La Cultura Popular, 1934, p. 224.

29 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las neurosis de...*, p. 297.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

hombre.³⁰ La selección natural justifica así hechos deplorables como el suicidio, ya que éste evita la transmisión de personalidades patológicas. La idea del suicidio como recurso de la selección también es haeckeliana, así como la tesis de que la medicina perpetúa la herencia de los hombres sanos. El cerebro débil se autodestruye a causa de su inadaptabilidad, y desencadena su propia muerte siempre involuntariamente; aun en los casos en que parece un hecho voluntario por responder a una decisión meditada de la víctima, tenemos que recordar que los actos voluntarios están limitados siempre por el “mecanismo del hombre” que los determina. El curioso ejemplo que cita en favor de la teoría atávica del suicidio en los indígenas argentinos relata una feroz manera de llevarlo a cabo singularmente parecida a la descrita por Eugenio Cambaceres en *Sin Rumbo*. Solamente la barbarie primitiva explica que un hombre pueda “abrirse el vientre con horrible lentitud por medio de un arco de barril y sacarse los intestinos como quien devana un ovillo”.³¹

La tesis de Ramos Mejía acerca de la moral como un resultado de la evolución, recuerda nuevamente la afirmación de Haeckel: “la moral ha desaparecido con la lucha por la existencia”. El relativismo axiológico se adueña así de la moral, mera convención humana nacida en la constante evolución de la naturaleza carente de fines. Pero si sólo se trata de convenciones, no hay ninguna norma absoluta que rija en la historia porque ésta es una proyección de la selección natural.³² La historia, como la naturaleza, se renueva constantemente y con plena indiferencia hacia los resultados de su desarrollo; todo intento por parte de nuestra moral de enjuiciar ciertos acontecimientos se vuelve infructuoso. Desde el punto de vista de nuestras convenciones, la naturaleza parece equivocarse siempre porque creemos que lo bueno y lo malo son lo que son y jamás podrán ser de otra manera; con esas categorías juzgamos a Nerón o a Bismarck con toda severidad. Pero “si algún día los hombres llegan a concebir la acción de los personajes históricos, como el desenvolvimiento de fuerzas análogas a las que hacen germinar las plantas, girar los astros, subir las aguas o temblar el suelo, todos nuestros anatemas históricos han de hacerles sonreír”.³³ Conclusión inteligente de Cané: la selección no produce necesariamente lo más noble desde el punto de vista moral, sino simplemente, lo más fuerte. La importancia de este texto crece si consideramos que con esas mismas ideas Haeckel defendía la acción de Bismarck, adalid de la *Kulturkampf*

30 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las multitudes...*, p. 260.

31 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: “La tentación del suicidio. En Revista *La Biblioteca*, Buenos Aires, 1896, año I, t. I, p. 80.

32 HAECKEL, ERNST: *Los enigmas...*, p. 301.

33 CANÉ, MIGUEL: “Mi estreno diplomático”. En *Prosa ligera*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1919, p. 171.

a la que el científico se adhirió fervorosamente y que fuera el paradigma de la situación planteada contemporáneamente en nuestro país.

Entramos así en el peligroso camino de concebir a la fuerza como lo absoluto que permite comparaciones y juicios en la historia y la cultura. La fuerza es la única instancia que el naturalismo propone en busca de una salida para el engorroso relativismo moral. Ella, sin embargo, es responsable de las ilusiones de muchos hombres de Estado que confunden su acción con "la vitalidad evolutiva que los arrastra", pues se expresa en leyes desconocidas pero reales, que hacen de "directores y movimientos colectivos fatales instrumentos que aparecen en el momento necesario".³⁴

Pero a un lúcido pensador como Miguel Cané no se le escapaba el hecho de que la fuerza así concebida no se concilia con el progreso moral. La naturaleza carece de entrañas, afirma, y sólo reconoce la legitimidad de la fuerza; "ha concluído (la naturaleza) por persuadir a los hombres de que este mundo moral que hemos creado para contrarrestar su horrible indiferencia es una absurda aspiración".³⁵ Cané sabe muy bien que la teoría basada sobre la lucha por la vida como núcleo de la naturaleza, no hace lugar a ninguna teleología, y nos deja huérfano de metas: "agitémonos para crearnos la ilusión por lo menos de marchar hacia un objetivo".³⁶ Si deseamos conocer las leyes de la historia, que no es blanda ni dura, "debemos despojarnos del criterio sentimental con que la moral evangélica y la filantropía falsean nuestro juicio".³⁷ A nadie se le ocurre llorar las especies desaparecidas; el hombre, como todo animal, se transforma con el suelo y se extingue: tal es la ley.

Según esta concepción, la personalidad es la variación que el ambiente moral produce sobre el alma, tal como sucede con la luz, idéntica siempre pero cambiante según el medio.³⁸ No está lejos el día, profetiza Ramos Mejía, en que se demuestre que el pensamiento se transmite por procedimientos como los de la luz y el eter.³⁹ Estamos en pleno monismo haeckeliano. Las funciones cerebrales, es decir, el alma, no se destruyen; como lo material, se transforman siempre con nuevas combinaciones. Así como en la muerte el cuerpo padece la

34 CANÉ, MIGUEL: "Nuevos rumbos humanos". En *La Biblioteca*, Buenos Aires, 1896, año I, t. I, p. 49.

35 CANÉ, MIGUEL: "La bestia hombre". En *Notas e impresiones*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1918, pp. 160 y 161.

36 CANÉ, MIGUEL: "¡A prisa! ¡A prisa!". En *Notas e impresiones*, p. 176.

37 CANÉ, MIGUEL: "Frente al África". En *Notas e impresiones*, p. 47.

38 CANÉ, MIGUEL: "En Bayreuth". En *Notas e impresiones*, p. 325.

39 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las multitudes...*, p. 114.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

desagregación de los elementos materiales que lo componen, la personalidad, compuesto molecular de sensaciones, ideas, imágenes y sentimientos, sufre transmutaciones cuando el ambiente actúa sobre ella. Las diferencias que existen entre un santo o un bribón se deben a combinaciones arquitecturales más o menos desgraciadas de los mismos elementos. El amor filial, el patriotismo, la tendencia a la embriaguez, el fanatismo político, la delincuencia, tienen los mismos elementos primarios, y la misma fuerza los mueve.⁴⁰ De igual manera, la locura es tan solo un estado alotrópico de la razón.

Todo el trabajo reflexivo llevado a cabo en varios siglos de investigaciones filosóficas para definir al hombre en esencial distinción de la animalidad quedó reducido a cenizas ante el ardoroso naturalismo. Pero más allá del innegable hecho de la ascendencia común de los monos antropoides y del hombre, estos pensadores no advirtieron, a nuestro juicio, que el vínculo físico no agota ni caracteriza esencialmente a lo propiamente humano.

La aplicación estricta de las leyes darwinianas a lo social implica indistintamente el progreso o la decadencia moral largamente denunciada por los hombres de la generación del ochenta. Guiados por la idea spenceriana del progreso, nuestros pensadores creyeron que si el tiempo devora indefectiblemente a sus hijos, basta acurrucarse en un rincón de la historia y aguardar que la evolución continúe su marcha para ver el triunfo de lo "mejor". Spencer resumió esta idea del progreso diciendo que consiste en el paso de lo homogéneo a lo heterogéneo; fórmula cuya generalidad la hace en extremo sospechosa de ser ineficaz. Con ella sus seguidores explicaban, por ejemplo, por qué la creciente separación de lo civil y lo religioso era un síntoma de progreso, ya que la reunión de ambos poderes es peculiar solamente de las sociedades primitivas; ella aclaraba también la creciente complejidad de los procesos productivos en economía; las ciencias naturales reemplazaron en su nombre la noción de "cadena zoológica" por la de "árbol ramificado"; y su inspiración llevó a la filología a la búsqueda del tronco originario de todas las lenguas. Pero no advirtieron que, curiosamente, el creador de esta mágica fórmula del progreso, en el texto mismo donde la enunció, dio ejemplos claros de su falso carácter de ley universal. En primer lugar, Spencer caracteriza la perfección de la lengua inglesa por el hecho de ser más evolucionada, i. e., más "compleja" que cualquier otra; en segundo lugar, describe el progreso religioso como el paso de múltiples divinidades personales hacia la avanzada idea de un dios único; finalmente, afirma que el progreso en el conocimiento tiende al hallazgo de una

⁴⁰ RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Los simuladores del talento*, Buenos Aires, Ed. Tor, 1955, pp. 73 y 74.

única causa que explique todos los fenómenos originalmente atribuidos a una multitud de ellas. Spencer suma así esta idea del progreso, claramente contradictoria con la historia de la cultura, al esquema naturalista haeckeliano.⁴¹

De esta manera se desvanecía el fundamento de una moral que tuviera efectividad en las decisiones humanas, y una poderosa sombra de pesimismo cubrió los últimos años de vida de los hombres del ochenta. “¡Ojalá pudiera aplicarlos —se refiere a los rayos Roentgen— para ver, a través del opaco porvenir, la significación que en 1996 o en 2120 tendrán las palabras propiedad, democracia, parlamento”,⁴² texto que revela la aguda contradicción entre el éxito de los adelantos científicos y la esterilidad en las relaciones entre los hombres. Ante el imperio de la fuerza y el miedo en los asuntos internacionales, el agudo pensador deja de ser consecuente con sus principios; el único remedio, para Cané, es la cultura moral del individuo basada en el desarrollo de un elemento innato del hombre: el sentimiento del deber.⁴³ Más coherente se presenta Ramos Mejía, quien sostiene que la idea de derecho crece evolutivamente a partir de la fuerza. El derecho nace de la conciencia del poder, cuya fuente son “las relaciones que la voluntad mantiene con los músculos”.⁴⁴ Según Ramos Mejía la naturaleza, que muestra la disposición homicida y el egoísmo como cualidades fundamentales del hombre, sugiere las primeras nociones del derecho. “Naturaleza” ya no significa “esencia”; en su nuevo contenido, exclusivamente biológico, la fuerza, expresada en la guerra de todos contra todos, rige como único manantial de justicia. El derecho natural es ahora el derecho del estado brutal. La evolución, al desarrollar el instinto social, lleva a la noción de contrato. La sociedad, entendida como una mera convención contractual, se vuelve la peor enemiga de lo natural; por eso Ramos Mejía habla de la lucha entre la naturaleza y la cultura por arrebatar al hombre a su ámbito exclusivo. Sobre esta base, la aspiración de Cané de lograr el perfeccionamiento de la especie con el culto de leyes morales y el amor a las cosas bellas logrados mediante larga herencia, parece débil y enfermiza en un siglo descrito por el autor de *Juvenilia* como brutal, siglo de la fuerza y del egoísmo, sinónimos de la lucha por la existencia. Más cercana a las convicciones de Cané parece esta risueña y dura recomendación a los jóvenes del futuro: desarrollen sus bíceps porque se avecina un siglo de grosería y de violencia.⁴⁵

41 Cf. SPENCER, HERBERT: “El progreso, su ley y su causa”. En *Creación y Evolución*, Valencia, Sempere y cía., s. a., en especial pp. 112, 129 a 134.

42 CANÉ, MIGUEL: “La ola roja”. En *Notas e impresiones*, p. 194.

43 CANÉ, MIGUEL: “Nuevos rumbos...”, p. 55.

44 RAMOS MEJÍA, JOSÉ M.: *Las multitudes...*, p. 63.

45 CANÉ, MIGUEL: “En Bayreuth”, p. 318.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

La fuerza, raíz última de la realidad, no puede fundamentar el derecho. Estrada advierte que ambos conceptos se contraponen: "la fuerza no es derecho".⁴⁶ La razón determina lo justo y lo injusto. Si aceptamos que el hombre es sólo un conjunto de materia, la sociedad se transforma en una reunión informe de hombres absorbidos en una colección omnipotente. En ella el libre albedrío y la razón carecen de sentido. La humanidad queda exenta de todo freno moral. Estrada sostiene que el naturalismo, al no admitir la naturaleza "caída" del hombre, juzga innecesarios los frenos que la sociedad le impone. La educación se transforma en mera instrucción que, con el desarrollo de la inteligencia, favorece la aparición de la moral. Nada hay que restaurar en el hombre; el libre desenvolvimiento de su realidad esencial exige, por el contrario, como condición, la conquista del bienestar material. Estrada reconoce de esta manera la causa que llevó al naturalismo a acentuar el carácter progresivo de las ciencias empíricas. "Si la ignorancia del hombre consistiera tan sólo en su impotencia para apreciar los fenómenos y sus condiciones, el naturalismo bastaría para disiparla gradualmente. Pero (...) del espíritu de quien se eleva un ápice sobre el nivel en que (...) la animalidad pura y la barbarie se confunden, no desaparecerá jamás, aun agotadas todas las curiosidades del mundo visible, esta otra curiosidad: ¿qué soy yo?, ni esta otra: ¿de dónde vengo?, ni por fin este angustioso problema: ¿a dónde voy?"⁴⁷ El bienestar, por sí solo, no puede evitar la ruina moral y cívica; la prueba está en el gigantesco avance del círculo de las ciencias positivas y la pequeñez y decadencia del círculo de lo moral. De esta manera, Estrada coincide con Ramos Mejía. El instinto de conservación económico predomina en la sociedad argentina finisecular; pero el amor a las riquezas, abandonándonos en las garras del egoísmo, su inevitable sombra, significa la destrucción de todo sentimiento de solidaridad.⁴⁸ El conflicto de las ambiciones, la conflagración de los intereses no tardan en estallar, y así la llamada "cuestión social", que para los naturalistas es inherente a toda sociedad, y por tanto inevitable, según el juicio de Estrada resulta de dicha concepción de lo social exclusivamente, puesto que ella instituye la lucha y la violencia como núcleo de las relaciones humanas.

Este sombrío panorama no aparece en Estrada a raíz solamente de sus diferencias con otros pensadores de la generación por el hecho de pertenecer al grupo que defendía la causa de la Iglesia Católica. La descripción que hace coincide con la que nos han dejado Ramos Mejía y Cané. Pero a diferencia de estos autores, que trataron de someter la ciencia y la sociedad a un orden

46 ESTRADA, JOSÉ MANUEL: *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, Buenos Aires, Estrada, 1942, 1ª ed., p. 50.

47 ESTRADA, JOSÉ MANUEL: "El naturalismo y la educación. En *Discursos*, t. I, p. 218.

48 Cf. ESTRADA, JOSÉ M.: "El patriotismo". En *Discursos*, t. I, p. 323.

moral superior carente de sólida sustentación, Estrada comprende que dicha subordinación es imposible mientras el hombre no sea diferenciado cualitativamente del resto de la naturaleza. Si sombríos síntomas de decadencia comenzaban a minar el progreso, si el conflicto se había instalado en las sociedades, si la fuerza imperaba sobre el derecho, todo ello se debe a la falta de un fundamento moral, ya que la moral natural es insuficiente cuando lo natural se entiende como "fuerza". El obstáculo más alto es el inductivismo positivista que desdeña lo que la inteligencia humana no percibe por sí misma y restringe la investigación a los fenómenos, dándole al hombre solamente la ilusión de un mayor poderío. Estrada profetizaba al respecto: "Guerras y conflagraciones serán el estallido de la fuerza en pueblos que se burlan de filósofos y cristianos".⁴⁹

Solamente el planteamiento filosófico del hombre es capaz de orientarlo más allá de las riquezas y del bienestar material. Una nueva jerarquía de valores urge para terminar con el predominio de la justicia entendida como producto de la selección natural, "que legitima la inmolación de los menos fuertes en provecho de los más vigorosos, en la fatalidad de los atavismos morales que asimila los crímenes a las enfermedades".⁵⁰ De otro modo, si sólo la ley positiva es fuente de derecho, éste se vuelve efímero y revocable toda vez que estorbe el capricho de los hombres. Por ello, fenómenos tales como el nihilismo ruso o el socialismo alemán son, para Estrada, el resultado de los abusos del naturalismo.

La solución de Estrada se fundamenta sobre la idea de que sólo la apertura al orden sobrenatural permite una moral efectiva. El progreso se concibe entonces como "irradiación sin sombra ni obstáculo de las facultades, de las tendencias y de los deberes del hombre, en la sociedad y en la historia".⁵¹ Sin libertad ni responsabilidad la justicia es imposible; la fatalidad de los determinismos nos exime de toda culpa. El resorte de las presiones externas que actúan sobre el hombre se vuelve peligroso si no hay referencias al orden sobrenatural; si lo negamos, todas las presiones morales se resumen en la idea del honor: quien olvidó a Dios —dice Estrada— hace de la consideración ajena el criterio, y así nuestros actos y pasiones dejan de ser buenos o malos en sí mismos para obtener valor del juicio de los demás. Esta moral, sujeta a las mudanzas de la opinión, es útil para quienes son "condescendientes con sus

49 ESTRADA, JOSÉ M.: "Informe". En *Discursos*, Buenos Aires, Estrada, 1963, 2ª ed., t. II, p. 299.

50 ESTRADA, JOSÉ M.: "El liberalismo y el pueblo". En *Discursos*, t. II, p. 323.

51 ESTRADA, JOSÉ M.: "Lectura pública en el Coliseum". *Discursos*, t. I, p. 53.

CONSECUENCIAS PESIMISTAS DEL NATURALISMO EN LA...

debilidades". El hombre prudente postulado por Estrada es honorable porque sigue la lógica de sus principios y no las arbitrariedades de la reputación. La moral independiente, variable y corruptible, no puede originar derecho alguno porque "ninguna regla estable puede percibir el hombre en materia de moral cuando desecha a la divinidad".

Las sombrías predicciones hechas por Estrada desde un punto de vista tan alejado del naturalista, se suman a las oscuras previsiones de Cané y Ramos Mejía; en rigor los hombres del ochenta compartieron idénticas inquietudes en torno del problema del progreso humano. Naturalistas y espiritualistas comprendieron que una exacta determinación de la esencia del hombre es premisa necesaria para entender el sentido del progreso. También la cuestión suscitada por el creciente predominio de la fuerza y la violencia obligó a unos y a otros a buscar una instancia absoluta que permitiera superar los relativismos. El naturalismo, en su ambición por dar una explicación causal que abarcara todos los fenómenos, aplicó la tesis evolucionista, fructífera en la naturaleza, al ámbito de lo espiritual, mas no pudo evitar la oscilación entre dos posiciones extremas que lo esterilizaron para toda respuesta alentadora. Por una parte, el estricto monismo haeckeliano reemplaza al Dios de la revelación (al que caracteriza como un vertebrado gaseoso) por el culto a "las tres divinidades sublimes ante las cuales nos postramos de rodillas. Lo verdadero, lo bueno, lo bello: por su misión natural y su complemento recíproco obtenemos el concepto natural de Dios. A este ideal de Dios uno y trino, a esta trinidad natural del monismo, el siglo xx levantará sus altares. Este es el puente entre la religión y la ciencia" ⁵² Por otra parte, el pensamiento de Spencer tampoco pudo desplazar lo absoluto; expresado en lo Incognoscible, es la causa última que jamás podrá conocer el hombre. Los resultados de las ciencias positivas sólo valen para las cosas tal como aparecen a la conciencia humana, no como son en sí mismas. El misterio último, el impenetrable arcano que palpita en las cosas, permanecerá oculto siempre. La decisión entre materialismo y espiritualismo es, para Spencer, una estéril controversia acerca de lo que siempre será el límite de la cognoscibilidad. ⁵³

Pero si estos autores, tan influyentes en nuestros pensadores del ochenta, reconocieron la importancia y la necesidad de lo absoluto hasta el extremo de no desdeñarlo por completo, la clara incapacidad de las concepciones panteístas y agnósticas para dar una respuesta eficaz al problema que el siglo xix

52 HAECKEL, ERNST: *El monismo...*, p. 163.

53 SPENCER, HERBERT: "El progreso, su ley y su causa", pp. 187 a 190.

Alberto Guillermo Ranea

planteara, jerarquiza el pensamiento de Estrada como punto de partida para una moral que evite el pesimismo naturalista: el hombre no sólo es ciudadano de la naturaleza. La comprensión de esta verdad costó al siglo XIX el alto precio que siempre significa el pago con sangre y violencia.